

Reflexiones finales

A lo largo de este trabajo se ha visto cómo se construyó públicamente la figura del desaparecido en Argentina a través de lo publicado en dos diarios principales contemporáneamente al terrorismo de Estado. La intención fue observar las operaciones sociales que hacen posible la creación colectiva de una figura de la *exclusión radical*.

Ya antes del golpe de Estado de 1976 existían numerosas *desapariciones*, aunque éstas no eran sistemáticas y no eran nombradas como una categoría establecida. En los meses previos a la intervención militar, sin embargo, el repliegue de los actores y la sociedad civil contribuyeron a preparar las condiciones que la posibilitarían. La aceleración y exhibición de la violencia, en esta etapa, generaron en la población un agotamiento psíquico que dio fondo al consenso y alivio con que fue recibido el golpe militar. En este período la violencia política es sumamente *visible* y espectacular. La conversión de los cadáveres en instrumentos de un mensaje aterrador, junto a la rutinización de la violencia, contribuyen a anular la percepción de la *humanidad* de las víctimas, que son cada vez menos percibidas como sujetos, pero aún hay organizaciones sociales activas que reclaman públicamente por ellas.

Luego del golpe militar la violencia pública se desacelera y *desaparece* de la superficie de los diarios, aunque se mantiene la presencia de la muerte, descontextualizada y banalizada por efecto de la rutinización. A través de construcciones ficticias de “enfrentamientos” se crea en la prensa una zona de “indistinción” entre la vida y la muerte que se corresponde con la *zona de la desaparición* -espacio de excepción absoluta- al interior de los CCD. Los *subversivos abatidos* de los comunicados oficiales que pueblan las noticias ingresan en una zona indefinida ya en su presentación periodística. La línea que distingue a un *homo sacer* (ser sin derechos) de un ciudadano cruza las pugnas por la legalidad y las presentaciones de hábeas corpus, que procuran “reinscribirlos” en el sistema legal pero lo hacen al precio de reducirlos a mero *corpus*, *nuda vida* amenazada. Las desapariciones que son nombradas como tales en la prensa son expresadas a través de alusiones oblicuas de los obispos o de estrategias de rescate individuales por parte de gobiernos extranjeros, organizaciones humanitarias y en casos muy específicos, partidos políticos y sindicatos. Los familiares de las víctimas son llevados a una situación de aislamiento al tiempo que buena parte de la sociedad se escuda en la lógica de inculpación de las víctimas contenida en el “por algo será”. Mientras tanto, la palabra *desaparecido* ya se emplea en la prensa sin eufemismos ni explicaciones: su uso se ha sedimentado y ha llegado incluso a las tapas de los diarios, pero todavía en relación a casos individuales y generalmente en singular.

En 1977 una serie de eventos indican una inflexión en la definición del desaparecido, cuya figura se sedimenta y pasa a designar un fenómeno plural. El surgimiento de las Madres de Plaza de Mayo, la consolidación de estrategias colectivas para nombrar a los desaparecidos y la virulencia represiva que, entre otros hechos, restringe el campo periodístico con la intervención de *La Opinión*, caracterizan a esta etapa de la represión. En los diarios se mantiene una cuota de violencia inexplicada y las desapariciones se instalan sobre todo a partir de casos “notables” y de las protestas internacionales, cada vez más enérgicas, que obligan a los militares a admitir públicamente la existencia de desaparecidos. Escudados tras la denuncia de una supuesta “campaña anti-Argentina” y en el motivo retórico de “ganar la paz”, los gobernantes encuentran en el Mundial de Fútbol de 1978 una ocasión para montar una puesta en escena de unidad, pacificación y “refundación” nacional, que la prensa reproduce y multiplica.

No sólo este evento deportivo, sino también los operativos sanitarios del régimen y sus campañas públicas pueden interpretarse como parte del intento del régimen de crear efectos de poder *positivos*, que complementen la censura y la represión. Como el racismo de Estado que animó a la política de desaparición sistemática, las instancias de planificación y gestión de la vida debían entenderse al interior de un proyecto biopolítico. Éste supuso también un recorte de género específico, según el cual resultaba difícil asimilar la existencia de mujeres activas políticamente. En las noticias esto se resuelve remitiendo a las protagonistas femeninas de la violencia política a estereotipos fijados por la ideología patriarcal (jóvenes ingenuas o mujeres diabólicas) o diluyendo la especificidad de género en categorías indiscriminadas como la de *elementos subversivos*. Otras voces de mujeres, como las de prisioneras sobrevivientes y las Madres de Plaza de Mayo, demuestran hasta qué punto esos roles preestablecidos no se ajustaban a la realidad y ofrecen una alternativa a la remodelación de la subjetividad femenina propuesta por el discurso publicitario desde entonces. Una lectura de las publicidades que rodean a las noticias estudiadas aporta elementos para comprender el *clima colectivo* en el que tuvo lugar la represión y los modos en que se continuó en el lenguaje.

Desde el fin de la aplicación de la desaparición sistemática, hacia 1978, y por acción del movimiento de derechos humanos, la figura del desaparecido ha ido recobrando las dimensiones de las que se había querido despojar a quienes fueron objeto de esa práctica. La paulatina visibilidad, el restablecimiento de su estatuto de *ciudadanos* y, más recientemente, la recuperación de la identidad política y la densidad biográfica de los desaparecidos, han contribuido a devolverle a su figura la complejidad que el discurso del

régimen había reducido a categorías binarias. Más compleja que la rehabilitación pública de los desaparecidos, sin embargo, es la reflexión acerca de lo que la experiencia de las desapariciones ha dejado como información acerca de sí misma al conjunto de la sociedad argentina.

Desaparición y sociedad

Las condiciones sociales que hicieron posible la desaparición de personas no surgieron con el golpe de Estado sino que estaban presentes en la sociedad argentina desde tiempo antes. Del mismo modo, es posible interrogar hasta qué punto esa sociedad ha cambiado o mantiene los rasgos que facilitaron o que convivieron con la masacre. Si la pregunta formulada aquí es: ¿cómo fue posible que la sociedad argentina hiciera posible la construcción colectiva de *homini sacri*, de seres *matables*, invisibilizados, cosificados y excluidos socialmente?, queda por responder la cuestión de si aquello que lo hizo posible persiste en la actualidad o cuánto cambió la sociedad argentina desde entonces. Nuevamente Pilar Calveiro lo expresó con las palabras justas al escribir que

“...la acción del terror no acabó el día que cayó el gobierno militar. Hay un efecto a futuro, un efecto que perdura en la memoria de la sociedad. La desaparición, la muerte, la arbitrariedad y la omnipotencia del poder son un hecho vívido pero al mismo tiempo negado, algo que ya pasó. A medida que el efecto inmovilizante del terror comienza a desvanecerse, la evidencia de la matanza y las formas que adoptó cobran un peso de terror que se graba con fuerza extraordinaria en toda la sociedad.” (Calveiro 1995: 157)

Jurídicamente, la desaparición es considerada un “crimen permanente”, es decir, se sigue cometiendo mientras el Estado no responda por sus víctimas, lo cual hasta finales de 2003 continúa sin suceder. También desde el punto de vista religioso se reconoció esta persistencia de los efectos a largo plazo de la desaparición cuando se la calificó como una “situación de pecado”. Desde la perspectiva psicológica, los especialistas advierten sobre el trauma que las desapariciones dejan no sólo a nivel de los individuos directamente afectados sino de la sociedad en su conjunto. El modo de interrogar por las continuidades de esa política en lo social, entonces, supone observar si continúan actuantes las condiciones que la hicieron posible. Dos psicólogas que han investigado sobre esas secuelas rescatan el sentido de un *grafitti* hallado en una pared de la morgue de Buenos Aires que reza: “Argentina es el cuerpo del delito” (Kordon/Edelman 1986: 129). Donde las autoras ven el resurgimiento simbólico del cuerpo del delito desaparecido, puede interpretarse asimismo la conversión de la Argentina toda, por obra de las desapariciones, en un país extrañado de sí mismo, del que algo –para siempre- ha *desaparecido*.

Más recientemente, el presidente Néstor Kirchner reconoció la centralidad de ese legado para la Argentina actual cuando afirmó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Somos hijos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo”.¹¹⁶¹ La misma ocasión permitió apreciar hasta qué punto el pasado dictatorial no está saldado y los conflictos políticos que lo animaron continúan actuantes. Consecuente con su programa de reaccionarismo conservador, el diario *La Nación* criticó duramente a Kirchner por su “desafortunada” frase y lo acusó de “revanchismo”.¹¹⁶² Pero el discurso presidencial no invita a “tomar partido”, como interpreta con mala fe el editorial de *La Nación*, sino a asumir la tragedia del pasado reciente como parte constitutiva de la identidad de los argentinos.

En todo caso, el episodio revela la medida en que el drama de los desaparecidos, con sus tensiones y desgarros, constituye a la sociedad argentina como un dato fundamental del presente; como un “pasado que está dentro de nosotros y no hemos sido capaces de abarcar todavía en su inmensa malignidad”¹¹⁶³. Asumir esa herencia del pasado y reconocer su manifestaciones actuales parece una tarea más necesaria que un culto anecdótico y museístico de su “memoria”, ya que “pensar la historia que transcurrió entre 1976 y 1980 como una aberración; pensar en los campos de concentración como una cruel casualidad más o menos excepcional, es negarse a mirar en ellos sabiendo que miramos a nuestra sociedad, la de entonces y la actual” (Calveiro 1995: 157).

Se trata acaso de reconocer no sólo a los desaparecidos en su identidad sino también en aquello que en cada argentino desde entonces ha desaparecido; de aceptar a la desaparición como un vacío social que ya no va a llenarse, pero constituye a la Argentina como sociedad. Una encuesta realizada 1998 reveló que para el 40% de los consultados la última dictadura es el evento que más permeó la identidad de los argentinos y otra que tuvo lugar dos años más tarde indicó que el 30% de quienes reconocen haber perdido el “orgullo nacional” remontan esa pérdida al año 1976.¹¹⁶⁴ Estos valores indicarían que en efecto el

¹¹⁶¹ “La defensa de los derechos humanos ocupa un lugar central en la nueva agenda de la República Argentina. Somos hijos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Y por ello insistimos en apoyar de manera permanente el fortalecimiento del sistema internacional de protección de los derechos humanos y el juzgamiento y condena de quienes los violen.” Discurso del presidente Néstor Kirchner ante la 58ª Asamblea Anual de la O.N.U. - 25 de setiembre de 2003. En: <http://www.clarin.com/diario/hoy/um/m-629867.htm> (25/9/2003)

¹¹⁶² Escribió que “si el doctor Kirchner se considera presidente de todos los argentinos, no es aceptable que se autodefina a partir de una toma de posición que despierta en la sociedad, notoriamente, adhesiones y rechazos. No es admisible que se exalten banderas de lucha que dividen al país...”. Contra la evidencia de la historia, pero idéntico a sí mismo a través de los años, *La Nación* desconoce así el cuerpo testimonial, la jurisprudencia y la investigación académica que demostraron la existencia del terrorismo de Estado y considera que honrar los derechos humanos implica “interpretar la historia reciente del país con un criterio parcial, sectario o revanchista”. *La Nación* 28/9/2003.

¹¹⁶³ Tomás Eloy Martínez. “La identidad perdida”, *Clarín* 8/9/1998.

¹¹⁶⁴ Ambas publicadas en *Clarín*, la primera el 20/9/98 y la segunda el 9/7/2000.

pasado no es *algo* que pueda dejarse de lado u olvidarse sino que es el material con que se teje la trama del presente.

Quizás desde el punto de vista moral, siguiendo a Zygmunt Bauman, la única respuesta posible a esa evidencia sea la vergüenza.¹¹⁶⁵ Se trata de una conclusión intranquilizadora, que no da consuelo, al modo, en palabras de Héctor Schmucler, de *una herida con la que se elige vivir*, o como *una opción trágica de nuestras conciencias*¹¹⁶⁶. Pero acaso sea así cómo la sociedad argentina podría reconocerse en el espejo del pasado; como un alerta hacia el futuro y como condición para que, en ese esfuerzo, los muertos hallen paz y los vivos la posibilidad de una vida con sentido.

¹¹⁶⁵ Nuevamente extrapolamos las conclusiones de Bauman para el caso de la Shoa, donde afirma: “Only the liberating feeling of shame may help to recover the moral significance of the awesome historical experience and thus help to exorcise the spectre of the Holocaust”. (Bauman 1989: 205)

¹¹⁶⁶ Schmucler 2000.